

Los Cimientos Económicos de la Libertad

Por Ludwig von Mises

Los animales son dominados por urgencias instintivas. Ceden al impulso que prevalece en el momento y que exige satisfacción perentoria. Son marionetas de sus apetitos.

La eminencia del ser humano radica en el hecho de que elige entre alternativas. Regula su comportamiento en forma deliberada. Puede controlar sus impulsos y deseos; tiene la capacidad de suprimir aquéllos cuya satisfacción lo forzaría a renunciar a la consecución de fines más importantes. En resumen: el ser humano actúa; busca intencionalmente los fines elegidos. Eso es lo que tenemos en mente cuando afirmamos que el hombre es una persona moral, responsable por su conducta.

La Libertad como un Postulado de la Moral

Todas las enseñanzas y los preceptos de la ética, tanto los basados en un credo religioso como los basados en una doctrina secular como la de los filósofos estoicos, presuponen esa autonomía moral del individuo y por lo tanto apelan a su conciencia.

Presuponen que el individuo es libre de elegir entre varias formas de conducta y requieren que se comporte de acuerdo a reglas definidas, las reglas de la moral.

Haz las cosas buenas, evita las malas.

Esa es la razón por la cual la libertad no es sólo un postulado político, sino también un postulado de todas las morales religiosas o seculares.

La Lucha por la Libertad

Sin embargo, durante miles de años, una parte considerable de la humanidad estuvo total o parcialmente privada de la facultad de elegir entre lo bueno y lo malo. En la sociedad jerárquica de los tiempos pasados la libertad de actuar de acuerdo al propio albedrío estaba, para los estratos más bajos de la sociedad – la amplia mayoría de la población – seriamente restringida por un rígido sistema de controles. Una formulación explícita de este principio fue el estatuto del Sacro Imperio Romano que confería a los príncipes y condes del Reich (Imperio) el poder y el derecho de determinar la confesión religiosa de sus súbditos.

Los orientales se resignaron pacíficamente a ese estado de cosas. Pero los pueblos cristianos de Europa y sus vástagos que se establecieron en los territorios de ultramar, nunca cedieron en sus esfuerzos en pos de la libertad. Paso a paso abolieron todos los privilegios e inhabilitaciones de estado y casta hasta que lograron establecer el sistema que los precursores del totalitarismo pretenden encastrar llamándolo “el sistema burgués”.

La Supremacía de los Consumidores

El cimiento económico de ese sistema burgués es la economía de mercado en la cual el consumidor es soberano. El consumidor – es decir todos – determina, mediante su compra o abstención de compra, lo que debe producirse, en qué cantidad y con qué calidad. Los empresarios son obligados, a través del instrumento de las pérdidas y las ganancias, a obedecer las órdenes de los consumidores. Sólo podrán florecer aquellas empresas que puedan proveer de la mejor y más barata manera, los bienes y servicios que los consumidores estén más ansiosos por adquirir. Los que fracasen en la satisfacción del público sufren pérdidas y finalmente son forzados a abandonar el negocio.

En las épocas precapitalistas los ricos eran los dueños de grandes latifundios. Ellos o sus antepasados habían adquirido sus propiedades como obsequio – feudos – del soberano quien – con su ayuda – había conquistado el país y subyugado a sus habitantes. Esos terratenientes aristócratas eran amos reales y no dependían del patrocinio de los compradores. Pero los ricos en una sociedad capitalista industrial están sujetos a la supremacía del mercado. Adquieren su riqueza sirviendo a los consumidores mejor que como lo hacen otros, y la pierden cuando otras personas satisfacen los deseos de los consumidores mejor o más barato que ellos. En la economía de libre mercado los dueños del capital están obligados a invertirlo en aquellas líneas de negocio que mejor sirvan al público. Por lo tanto, la propiedad de los bienes de capital se desplaza continuamente hacia las manos de aquellos que sirven a los consumidores más exitosamente. En la economía de mercado, la propiedad privada es, en ese sentido, un servicio público que impone a los propietarios la responsabilidad de emplearla de acuerdo al mejor interés del consumidor soberano. Esto es a lo que se refieren los economistas cuando dicen que la economía de mercado es una democracia en la cual cada centavo da derecho a un voto.

Los Aspectos Políticos de la Libertad

El gobierno representativo es el corolario político de la economía de mercado. El mismo movimiento espiritual que creó el capitalismo moderno sustituyó el dominio de los reyes absolutos y de las aristocracias hereditarias por funcionarios electos. Fue ese tan vilipendiado liberalismo burgués el que trajo libertad de conciencia, de pensamiento, de expresión y de prensa y puso fin a la persecución intolerante de los disidentes.

Un país libre es uno en que cada ciudadano tiene la libertad de encaminar su vida de acuerdo a sus propios planes. Es libre para competir en el mercado por los puestos de trabajo más apetecibles, y en la escena política por los más altos cargos. Depende de los favores de los demás tanto como los demás dependen de los de él. Si pretende triunfar en el mercado, debe satisfacer a los consumidores; si desea triunfar en la labor pública, debe satisfacer a los votantes. Este sistema ha traído a los países capitalistas de Europa Occidental, América y Australia un incremento sin precedentes en las cifras de población y el nivel de vida más alto que se haya conocido en la historia. El tan mentado hombre común tiene a su disposición comodidades que los más ricos en la era precapitalista no podrían ni haber soñado. Puede disfrutar los logros espirituales e intelectuales de la ciencia, la poesía y el arte, que en épocas anteriores sólo eran accesibles a una pequeña elite de gente acomodada. Y es libre de ejercer las confesiones que su conciencia le dicte.

La Falsa Representación Socialista de la Economía de Mercado

Todos los hechos concernientes a la operación del sistema capitalista son presentados falsamente y distorsionados por los políticos y escritores que se arrogaron a sí mismos la etiqueta del liberalismo, la corriente de pensamiento que en el siglo XIX demolió el dominio arbitrario de las monarquías y aristocracias y pavimentó el camino para el libre comercio y la libre empresa. Según lo ven estos defensores de un regreso al despotismo, todos los males que acosan a la humanidad se deben a siniestras maquinaciones de las grandes empresas. Lo que se necesita para conseguir riqueza y felicidad para toda la gente decente es colocar a las corporaciones bajo un estricto control gubernamental. Admiten, aunque tangencialmente, que eso significa la adopción del socialismo, el sistema de la U.R.S.S. Pero afirman que el socialismo será algo completamente diferente en los países de la civilización occidental de lo que es en Rusia. Y de todas formas, dicen, no hay ningún otro método para privar a las mastodónticas corporaciones del enorme poder que han adquirido, y prevenir que sigan dañando los intereses de la gente.

Para contrarrestar toda esa propaganda fanática, se necesita enfatizar una y otra vez la verdad de que son justamente las grandes empresas las que han posibilitado la mejora sin precedentes del standard de vida de las masas. Artículos de lujo para unos pocos ricos pueden ser producidos por pequeños negocios. Pero el principio fundamental del capitalismo es la producción para la satisfacción de los deseos de muchos. Las mismas personas que son empleadas por las grandes corporaciones son los principales consumidores de los bienes producidos. Si se mira alrededor en el hogar de un asalariado americano promedio, se verá claramente para quién giran los engranajes de las máquinas. Son las grandes empresas las que hacen que los logros de la tecnología moderna sean accesibles al hombre común. Todos se benefician de la alta productividad de la producción a gran escala.

Es tonto hablar del “poder” de las grandes empresas. La verdadera marca característica del capitalismo es que el poder supremo en todos los asuntos económicos está depositado en las manos de los consumidores. Todas las grandes empresas crecieron desde comienzos modestos a la grandeza porque el apoyo de los consumidores las hizo crecer. Sería imposible para firmas pequeñas o medianas producir aquellos productos de los cuales ningún americano del presente querría prescindir. Cuanto más grande es una corporación, tanto más depende de la disposición del consumidor a comprar sus productos. Fueron los deseos – o como algunos piensan, la locura – de los consumidores, los que llevaron a la industria automotriz a producir automóviles cada vez más grandes, y hoy a que sean cada vez más chicos. Las cadenas de tiendas y tiendas de departamentos están bajo la presión de ajustar sus operaciones nuevamente cada día para adaptarse a los caprichos cambiantes de sus clientes. La ley fundamental del mercado es: el consumidor siempre tiene la razón.

El que siempre critica la conducta de los negocios y cree que conoce mejores métodos para proveer a los consumidores no es más que un charlatán ocioso. Si piensa que sus propias elucubraciones son mejores, ¿porqué no las intenta él mismo?

Siempre hay en este país capitalistas atentos buscando una inversión rentable para sus fondos, que gustosamente proveerían el capital requerido para cualquier innovación razonable. El público siempre estará deseoso de comprar lo que sea mejor o más barato, o mejor y más barato. Lo que cuenta en el mercado no son los sueños fantásticos, sino la acción. No fue hablando que los magnates se hicieron ricos, sino sirviendo a los consumidores.

La Acumulación de Capital Beneficia a Todos

Hoy en día está de moda hacerse el distraído respecto al hecho de que toda mejora económica depende del ahorro y la acumulación de capital. Ninguno de los maravillosos logros de la ciencia y la tecnología podría haber sido aprovechado en la práctica si el capital requerido no se hubiera hecho disponible previamente. La razón por la cual los países subdesarrollados económicamente no pueden obtener ventajas plenas de los métodos occidentales de producción, y por lo tanto mantienen pobres a sus masas, no es la falta de familiaridad con los conocimientos de la tecnología, sino la insuficiencia de su capital. Es claramente un error en la evaluación de los problemas que enfrentan los países subdesarrollados cuando se afirma que lo que les falta es conocimiento técnico o “know-how”. Sus empresarios e ingenieros, la mayoría graduados en las mejores universidades de Europa y EEUU, están muy familiarizados con el estado actual de la ciencia aplicada. Lo que ata sus manos es la escasez de capital.

Hace cien años, EEUU era aún más pobre que esas naciones atrasadas. Lo que hizo que los EEUU se convirtieran en el país más próspero del mundo fue el hecho de que el “rudo individualismo” de los años previos al “New Deal” no fue un obstáculo en el camino de los emprendedores. Los empresarios se enriquecieron porque consumieron sólo una pequeña porción de sus ganancias e invirtieron la mayor parte nuevamente en sus negocios. De esa forma se enriquecieron ellos y a toda la población. Porque fue esa acumulación de capital la que incrementó la productividad marginal del trabajo y por lo tanto los salarios.

Bajo el capitalismo, el poder adquisitivo de un empresario no solo lo beneficia a él mismo, sino a todas las demás personas. Existe una relación recíproca entre la adquisición de su riqueza sirviendo a los consumidores y acumulando capital, y la mejora del standard de vida de los asalariados que constituyen la mayoría de los consumidores. Las masas están interesadas en el florecimiento de los negocios, tanto en su carácter de asalariados como en su carácter de consumidores. Esto es lo que tenían en mente los viejos liberales cuando declararon que en la economía de mercado prevalece una armonía entre los verdaderos intereses de todos los grupos de la población.

El Bienestar Económico Amenazado por el Estatismo

El ciudadano americano vive y trabaja en esta atmósfera moral y mental del sistema capitalista. Aún quedan algunas partes de los EEUU donde las condiciones parecen altamente insatisfactorias para los prósperos habitantes de los distritos avanzados que conforman la vasta mayoría del país. Pero el rápido progreso de la industrialización hubiera eliminado hace tiempo esos remanentes bolsillos de atraso, si las desafortunadas políticas del “New Deal” no hubieran enlentecido la acumulación de capital, la herramienta irremplazable de la mejora económica. Acostumbrado a las condiciones del medio capitalista, el americano promedio da por sentado que cada año las empresas harán que algo nuevo y mejor le sea accesible. Mirando hacia atrás sus años vividos, se da cuenta de que muchos implementos que eran totalmente desconocidos en su juventud, y muchos otros de los que sólo podía disfrutar una pequeña minoría, hoy son equipamiento corriente en cualquier hogar. Tiene plena confianza en que esa tendencia continuará en el futuro. Simplemente la llama la “forma de vida americana” (the American way of life), y no se cuestiona en profundidad qué es lo que hace posible esa mejora continua en la provisión de bienes.

No está especialmente preocupado por la operación de factores que conducirían no solo a la detención del proceso de acumulación de capital, sino que incluso podrían causar un proceso de

desacumulación. No se opone a las fuerzas que – mediante el frívolo aumento del gasto público, mediante el recorte de la acumulación de capital, o incluso haciendo que se consuma parte del capital invertido en las empresas, y finalmente mediante la inflación – están socavando los mismos cimientos de su bienestar material. No le preocupa el crecimiento del estatismo, que donde sea que se aplicó, terminó produciendo y preservando condiciones que a sus ojos son inaceptablemente espantosas.

No Hay Libertad Personal sin Libertad Económica

Lamentablemente muchos de nuestros contemporáneos no se dan cuenta del cambio radical en las condiciones morales del ser humano que traería la adopción del estatismo, la sustitución de la economía de mercado por la omnipotencia del gobierno. Se engañan con la idea de que existe un claro dualismo en los asuntos humanos, de que hay, por un lado una esfera de actividades económicas, y por otro un campo de actividades que puede ser considerado como no-económico. Piensan que entre estos dos campos no hay una fuerte conexión. La libertad que es abolida por el socialismo es “solamente” la libertad económica, mientras que la libertad en todos los demás asuntos permanece intocada.

Sin embargo, a pesar de lo que asume esa doctrina, las dos esferas no son independientes. Los seres humanos no flotan en regiones etéreas. Todo lo que alguien hace necesariamente afecta la esfera material o económica de alguna manera, y requiere su poder para interferir con ella. Para poder subsistir, el hombre debe esforzarse y tener la oportunidad de interactuar con bienes materiales.

La confusión se manifiesta en la idea popular de que lo que ocurre en el mercado se refiere únicamente al aspecto económico de la vida y la acción humana. Pero en los hechos, los precios del mercado reflejan no solamente “interés material” – como conseguir alimento, vivienda, y otras comodidades – sino también aquellos intereses que son comúnmente llamados espirituales o superiores o más nobles. La observancia o no observancia de mandamientos religiosos – abstenerse de ciertas actividades en forma permanente o en días específicos, ayudar a los necesitados, construir y mantener locales de práctica religiosa, y muchos otros – es uno de los factores que determina la oferta de, y la demanda por, varios bienes de consumo y por lo tanto los precios y las conductas del empresariado. La libertad que la economía de mercado permite al individuo no es meramente “económica” – para distinguirla de algún otro tipo de libertad. Implica también la libertad de determinar todos aquellos asuntos considerados morales, espirituales e intelectuales.

Al controlar en forma exclusiva todos los factores de la producción, el régimen socialista controla también la vida completa de cada individuo. El gobierno le asigna a cada uno un trabajo determinado. Decide qué libros o artículos deben ser impresos y leídos, quién debe disfrutar de la oportunidad de emprender una carrera de escritor, a quién se debe permitir utilizar los espacios públicos de reunión, para emitir transmisiones y para utilizar otros medios de comunicación. Eso significa que aquellos a cargo de la conducción suprema de los asuntos de gobierno tendrán la decisión última de qué ideas, enseñanzas y doctrinas pueden ser propagadas y cuáles no. No importa qué diga una constitución promulgada sobre la libertad de conciencia, pensamiento, expresión o prensa y sobre la neutralidad en cuestiones religiosas; en un país socialista eso será letra muerta si el gobierno no ofrece los medios materiales para el ejercicio de esos derechos. Quien monopolice los medios de comunicación tiene el pleno poder sobre las

mentes y almas de los individuos.

Lo que hace que la gente sea incapaz de ver esa característica esencial de cualquier sistema socialista o totalitario es la ilusión de que ese sistema será operado precisamente en la forma que ellos mismos consideran deseable. Al apoyar al socialismo, dan por sentado que el “estado” siempre hará lo que ellos quieren que haga. Llamamos totalitarismo “verdadero”, “real”, o “bueno”, al socialismo cuyas autoridades cumplan con sus propias ideas. Cualquier otro tipo es decretado falso. Lo primero que esperan del dictador es que suprima todas las ideas que ellos desaprobaban. De hecho, todos esos adherentes del socialismo están, sin saberlo, obsesionados por un complejo dictatorial o autoritario. Quieren que todas las opiniones y planes con los que no están de acuerdo sean aplastados por la acción violenta del gobierno.

El Significado del Derecho Efectivo al Disenso

Los variados grupos que proponen el socialismo, tanto se llamen a sí mismos comunistas, socialistas, o meramente reformadores sociales, están de acuerdo en la esencia de su programa económico. Todos ellos pretenden sustituir la economía de mercado y la supremacía del consumidor individual por el control del estado – o como algunos prefieren denominarlo, control social – de las actividades productivas. Lo que los diferencia no son cuestiones de manejo económico, sino convicciones religiosas e ideológicas. Hay socialistas cristianos – católicos y protestantes de diversas denominaciones – y hay socialistas ateos. Cada una de estas variedades da por sentado que la mancomunidad socialista será guiada por los preceptos de su propia fe o por el rechazo de todo credo religioso. Nunca se les ocurre la posibilidad de que el régimen socialista pueda ser dirigido por personas hostiles a su propia fe y principios morales, que puedan considerar que es su deber la utilización todo el tremendo poder del aparato socialista para la supresión de lo que a sus ojos es error, superstición e idolatría.

La verdad lisa y llana es que los individuos sólo pueden ser libres para elegir entre lo que consideran correcto o equivocado en aquellas circunstancias en que sean económicamente independientes del gobierno. Un gobierno socialista tiene el poder de hacer imposible el disenso mediante la discriminación de grupos religiosos o ideológicos indeseados, negándoles todos los implementos materiales necesarios para la propagación y la práctica de sus convicciones. El sistema de partido único, el principio político de la norma socialista, implica también un sistema de religión única y moral única. Un gobierno socialista tiene a su disposición medios que pueden ser usados para el logro de una conformidad rigurosa en todos los aspectos de la vida; *Gleichschaltung* (conformidad política), como lo llamaron los nazis. Los historiadores han señalado el importante papel que en la Reforma cumplió la invención de la imprenta. Pero ¿qué chances hubieran tenido los reformadores si todas las imprentas hubieran sido operadas por el gobierno encabezado por Carlos V de Alemania y los reyes franceses de Valois? [1]. Y, a propósito, ¿qué chance hubiera tenido Marx en un sistema en el que todos los medios de comunicación estuvieran en manos del gobierno?

Quien quiera libertad de conciencia debe repudiar al socialismo. Por supuesto, la libertad permite a las personas hacer no solo las cosas buenas, sino también las malas. Pero no se le puede atribuir un valor moral a una acción, por mejor que sea, si fue realizada bajo la presión de un gobierno omnipotente.

[1] Carlos V de Alemania (1500 – 1558), un católico devoto, persiguió a la herejía religiosa en los Países Bajos y luchó por suprimir el Luteranismo en los principados alemanes. Durante el reinado de los reyes franceses de Valois (1328- 1589) se pelearon guerras religiosas cuando los protestantes franceses, incluyendo a los hugonotes, lucharon por su libertad de confesión.

(Traducción: Hugo Donner, 2003)